

# LA GOTA CONTRA LA PRIMAVERA

MARIO DE LOS SANTOS

LA GOTA  
CONTRA  
LA PRIMAVERA



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Obra ganadora del III Certamen de Novela Corta  
de la Fundación César Navarro.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados  
Ilustración de cubierta: Shutterstock

Primera edición: abril de 2014

© Mario de los Santos Aparicio, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C  
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-1230-0

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B.6264-2014

Impreso en España

«Sólo aquello que se ha ido  
es lo que nos pertenece.»

José Luis Borges

## I

### Perros con cadena al cuello

Tu enfermedad fue larga y dolorosa. Por eso, cuando te enterramos, no me quedó ni tristeza ni alivio, sino una mezcla pegajosa que se apelmaza en las cloacas de los pulmones cuando quiero hablar de ti y hace que me escuezan los ojos. Nos conocimos el día de la Campal, hace mucho tiempo ya, en 1982, cuando España organizó el mundial de fútbol. Me acuerdo perfectamente: se empató con Honduras, se ganó a Yugoslavia y se perdió con Irlanda del Norte. Con ese bagaje pasamos llorando a la siguiente ronda. Allí los alemanes nos dieron un repaso y, junto al empate con Inglaterra, se acabó lo que se regalaba. Finalmente, lo terminaron ganando (casi sin querer, como ganan siempre) los italianos.

Pero no todo en España fue campeonato mundial si hablamos de fútbol. Unos meses antes de que llegasen los mejores jugadores del mundo, en un partido de ascenso a Regional Preferente que enfrentaba al equipo de mi pueblo con el de tu pueblo, se necesitaron dos días y más de cuarenta guardias civiles para saber el resultado. Los pocos diarios que se hicieron eco lo denominaron la Gran Vergüenza, o la Batalla Campal, y en el pueblo, para abreviar, se llamó simplemente la Campal. Porque en el pueblo no

hemos sido nunca de muchas palabras. Mi padre solía argumentar que una era suficiente para decir lo que querías decir, si en realidad sabías lo que querías decir. Y que, en todo caso, antes de pronunciarla era mejor asegurarse de si era la palabra que el otro deseaba escuchar. Porque rara vez la palabra que uno quiere decir es la que el otro quiere escuchar, y entonces, si se dice, no vale esconderse.

Algo así sucedió aquella tarde. Yo entonces comenzaba a ser hombre: tenía doce, no, trece años. Quedamos pocos de los que estuvimos en la Campal; la mayoría somos viejos, hacemos fila para pedir un nicho a la sombra. Hubo un tiempo en el que a cualquier persona de ambos pueblos, cuando la reconocían, siempre le preguntaban por la Campal y esa persona presumía de haber participado y contaba anécdotas e historias, aunque la tarde de la Campal hubiera estado pescando o durmiendo en el sofá.

Sabes que de viejo me gusta ser perezoso. Me levanto tarde, le hago burlas a la nieta, que le pregunta enfadada a su madre por qué ella tiene que madrugar y el abuelo se queda en la cama. Luego bajo a comprar el pan con *Lenin*. Por una cosa o por otra, siempre consigo gastar la mañana enredado.

Al pobre *Lenin* le puso el nombre nuestro otro hijo, el menor, cuando lo encontró con una pata rota escarbando en los cubos de basura, una noche que venía de recoger a la novia. Esa pata no curó nunca y *Lenin* y yo acomodamos nuestro paso a la perfección. No hay nada mejor para un viejo que un perro cojo. Solemos caminar hasta los edificios abandonados de las afueras, y mientras leo el diario, él marca el territorio.

Los edificios forman parte del recinto de la vieja exposición universal. Tú y yo nunca estuvimos de acuerdo con ella; aún escucho los gritos de tu madre cuando rechazamos las entradas que nos regalaba. Pero eso fue mucho después de la Campal, ya en este siglo. La Campal todavía ocurrió en el siglo xx y no había teléfonos con ordenador, ni coches de hidrógeno. Entonces el mundo funcionaba con petróleo. A veces, cuando recuerdo aquellos años, creo que todo camina muy deprisa y el tiempo se me antoja un amante ansioso, un amante que tiene una cita en una dirección que no existe.

En el equipo de mi pueblo jugaba mi hermano. Era tres años mayor que yo. Tenía una zurda sensacional, exquisita. Podía regatear con facilidad a dos o tres contrarios y luego centrar, entregando el gol al delantero. Practicaba horas interminables, tocaba el balón sin que cayera al suelo, ahora con la cabeza, ahora con el pie. Nunca se cansaba de la pelota. Durante los veranos íbamos en cuadrilla a recoger cebollas y, cuando el personal hacía una pausa para beber agua, allí lo podías ver chutando el balón entre dos árboles e intentando meterlo en las cajas de madera que luego subíamos a un remolque. Mi padre le recriminaba que más le valía jugar menos, que ya era un hombre, pero se le caía la baba cuando los domingos, después de aquellos partidos donde regalaba los goles a pares, la gente le daba un golpe en un hombro y le decía: vaya chaval tienes, Manuel, una joya es lo que es, un artista del fútbol, tu hijo llegará.

Yo admiraba a mi hermano. En el colegio yo era el hermano del Zurdo y casi todos los amigos me escogían en su

equipo al hacer pies. Creían que también era bueno, la verdad es que no se me daba mal, pero no alcanzaba el nivel de mi hermano. Únicamente sabía correr y driblar en carrera; además, nunca levantaba la vista de la pelota. De vez en cuando me salían unas jugadas bonitas que terminaban en gol y ayudaban a mantener esa creencia, pero no tenía instinto, no sentía el fútbol. No era capaz de ver el mejor pase, de desmarcarme abriendo espacio para el delantero, de cambiar la pelota de lado apoyándome en los compañeros retrasados; cuando el regate se me atrancaba siempre salía trastabillado y pedía falta aún a sabiendas de que no había sido así, sólo para proteger mi reputación. Yo no era un buen futbolista, era un galgo con una pelota: rápido y torpe.

El año anterior había sido el del golpe de Estado. Cuando llegamos a casa, sobre las ocho de la tarde, mi padre y mi madre esperaban nerviosos con las maletas preparadas. Nos hicieron lavarnos las manos e ir al baño, nos metieron en el coche de un tío, un hermano de mi madre. No dieron ninguna explicación, solamente dijeron que nos íbamos y que no sabían cuándo volveríamos. Mi hermano se resistió, dijo que tenía partido ese fin de semana, que no se iba a ningún sitio, que él se quedaba, que comería en casa de la abuela. Tan obstinado se puso que mi padre le introdujo en el coche de un empujón. Aún me parece estar viéndolo. Lo cogió de la pechera, le dio la vuelta y lo metió a trompicones en el asiento de atrás. Fui tras él sin una queja. Mi padre se arrepintió al instante, bajó la mirada, se dio la vuelta para tomar una maleta y añadió: al coche, por favor.



Anohecimos por caminos de tierra y carreteras comarcales. El coche anduvo varios tramos sin luces, alumbrado por las estrellas y una luna oxidada que se escondía entre las nubes. Yo no entendía nada e iba atento a la conversación entre mi tío y mi padre. Mi madre permanecía en el asiento de atrás, mirando por la ventana.

He quemado todos los papeles, las actas y las afiliaciones, pero asegúrate de que no queda nada, decía mi padre. A mí no me metas, le respondía mi tío, yo os hago este favor por mi hermana, que si fuera por ti... Te avisé hace mucho tiempo de que no te iba a traer nada bueno que te metieras en esas historias (mi tío dejaba de mirar la carretera y señalaba a mi padre con el dedo), mira tu padre cómo terminó. Mi abuelo había muerto en la cárcel durante la dictadura.

No podrán, dijo mi padre en una ocasión, esta vez no podrán, ya no hay marcha atrás. Entonces recuerdo que mi tío se rió. ¡Ay, desgraciado!, dijo, ¿qué crees, que el Tejero hace esto por política? No, cuñado mío, no es así. Esto ocurre, dijo, porque la Real va primera. Este golpe viene porque no van a consentir que, ahora que nos han dado el Mundial, gane la liga un equipo vasco. Mi padre también rió.

Llegamos de madrugada a un puerto, no recuerdo cuál y nunca pregunté a mis padres. Era un pueblo pequeño, acostado en unos acantilados, de calles retorcidas con olor a pescado hervido. Mi madre me despertó, bajé todavía sin abrir los ojos. Al llegar allí nos esperaban unos hombres que acudieron presurosos al reconocer a mi padre. Ha fra-

casado, Manuel, le informaron casi con lágrimas en los ojos, han soltado a los diputados, de aquí a nada los van a detener a todos, a Tejero, a Milans, a todos. Mi madre también lloró. Los adultos terminaron abrazados como si hubiesen regresado de la muerte. Aquella mañana desayunamos bollos con chocolate en un bar sin que nadie despegase la vista de la televisión. Luego regresamos a casa y no hubo más consecuencias que un día de clase perdido. Mi hermano jugó su partido aquel fin de semana y, a la postre, la Real Sociedad salió campeona, por delante del Madrid.

Me resulta imposible recordarte sin asomarme a aquellos años, y no se puede rememorar esa época sin que aparezca el fútbol. En el colegio rezábamos para que Zamora se recuperase de su lesión, nos aprendíamos la alineación de memoria —todavía la recuerdo: Arconada, Alexanco, Joaquín, Tendillo, Camacho, Gordillo, Juanito, Perico Alonso, Satrústegui, Zamora y López Ufarte—, en la televisión comentaban lo fuerte que llegaban los argentinos, nuestros padres discutían en el bar dónde nos cruzaríamos con los alemanes, salían colecciones de cromos que intercambiábamos en los recreos, vendían muñecos *airgamboys* de cada equipo, regalaban banderas, bufandas, camisetas... Aquel año se comió fútbol, se respiró fútbol, se sudó fútbol; aquel año fue una perpetua tarde de domingo.



La nieta sale del entrenamiento. Viene enfadada, me ofrece dos besos como dos escupitajos. El entrenador la ha ex-

pulsado porque se ha encarado con una compañera. Sube al coche, tira la bolsa al asiento, se cruza de brazos y aprieta los labios con fuerza.

Me hace recordar a un perro que anduvo varias semanas rondando la casa del pueblo. Debía de montar guardia en alguna granja; consiguió arrancar la cadena y vagaba por los caminos y campos con ella arrastrando del collar. Solía aullar desconsolado, con reminiscencias de lobo expulsado de la manada, las noches sin nubes, cuando las estrellas parecían alfileterazos en un telón. Nadie lo molestaba porque era frecuente verle correr detrás de las bandadas de tordos que bajaban a comerse las simientes recién sembradas. Eso hacía que los agricultores de la zona se evitasen el montar guardia con la escopeta en la mano hasta que la simiente quedase oculta.

Su madre se lleva las manos a la cabeza con los cardenales en las piernas o los arañazos de la espalda y culpa al yerno de haberle metido la afición por el fútbol. Cuando el yerno me cuenta entre risas esos arrebatos, me dice que el deporte es así, que, si no, que la apunte a bailes de salón.

*Lenin* viaja en el asiento trasero. Le gusta ir en coche, se duerme enseguida sobre las alfombrillas. Levanta una oreja y abre el ojo cuando suena un claxon. Tengo un amigo que fue profesor de un instituto durante veinte años; había estudiado antropología y siempre defendió que el fútbol era el ejemplo más claro de que el ser humano llevaba la competencia por la caza en los genes. Dos grupos que compiten en velocidad, resistencia y puntería por un

pequeño objeto que corre por el campo. Quita equipos y pon tribus, decía, quita balón y pon un conejo. Mi amigo llegó a escribir varias novelas que tuvieron cierto éxito. Era pelirrojo, de barba puntiaguda y espíritu de guerrero medieval. Tal vez por eso fascinaba a los alumnos con sus teorías. Por su aspecto de diablo astuto.

Míralo, me dijo un día mi padre mientras estábamos en el huerto subiendo los cardos; el perro pasaba por una linde, con la cadena repiqueteando contra las piedras: quería conseguir la libertad y ahora la lleva colgando del cuello.

No puedo olvidar a ese perro cuando pienso en mi hermano, o veo enfadarse a la nieta. Dando tirones a la vida, abriéndose camino a machetazos, la cadena lastrando sus pasos.

La hija nunca viene a los partidos de la nieta. Acudimos su padre y yo. La seguimos por los campos de toda la región, aunque la culpa de la afición de la nieta no es del todo de su padre. La hija lo desconoce porque no viene a verla jugar, porque nunca llegó a ver jugar a su tío, porque no ha visto cómo la nieta levanta la cabeza en plena carrera y larga esos pases que nunca se desvían, porque no sabe el color que tienen las mariposas cuando vuelan en el lado oscuro de la mirada ni las mandíbulas apretadas que deja la rabia. Mi hija no quiere ver que hay cosas que se llevan en la carne, que se traspasan como las enfermedades, por los genes. Si supiera esas cosas, si hubiera visto jugar a mi hermano, si conociera el modo de ajustar la goma en un brazo para que la heroína se distribuya con lentitud, sabría que la afición se la ha transmitido su propia sangre.

Aunque la sangre sigue caminos extraños, en ocasiones, tiene la veracidad de una fotocopia.

El yerno es inocente de esos tiros que se cuelan siempre pegados al palo, es inocente de la rabia con la que pelea las pelotas divididas. Es un buen hombre, pero lo he visto jugar: se mueve como un pato. Su única culpa es alegrarse de que su hija posea la capacidad que él no tuvo. La nieta trae el fútbol de un tío que nunca conoció, del que poco le corresponde en teoría, que se agazapa tras las historias que intuye de él y, sin embargo, al que tanto me recuerda.

Por eso la quiero tanto.

Un día el perro apareció muerto. La cadena se había enroscado en un árbol. Había sido asesinado por la libertad.

Por eso también la temo tanto.

★ ★ ★

Las personas vivimos sin entender los signos. Cuando regresé del cementerio pensé que nunca me acostumbraría a dormir solo, que tendría que retirar de la casa todo aquello que te recordase, pero no fue así. Pronto me hice al gran espacio de la cama, tus fotografías dejaron de doler, se convirtieron en pequeñas partes de ti que permanecen congeladas en la memoria. Sin embargo, por otro lado, la melancolía todavía me abrumba cuando reconozco el olor de tus guisos, cuando abro la nevera y no encuentro nada que no haya comprado yo. Lo que echo de menos es la parte de mí que tú construías.

En esos momentos siempre acude *Lenin* a mi lado. Creo que este perro huele la tristeza. Viene, apoya su cabeza en la pierna y se enrosca como si tuviese el frío medido dentro. Le acaricio lentamente. Terminamos dormidos los dos, con la televisión encendida.

A la hija no le gusta que *Lenin* se suba al sofá, o que duerma en mi cama. Dice que llena todo de pelos, que me puede contagiar cualquier mal. Pero a la hija tampoco le gusta que la nieta juegue a fútbol o que comamos pan duro del día anterior.

La nieta tiene doce años y, en vez de los vestidos de vuelos que le compra su madre o la ropa chillona que llevan sus amigas, lleva siempre una camiseta del Sporting y pasa el tiempo entrenando en el equipo femenino. Sabe que es mi ojito derecho. En ella se conjuga tu ternura y la habilidad para hacer daño de mi hermano. Quiero creer que no fue así, pero a veces, cuando recuerdo tus llamadas a mis padres, las ocasiones en que lo encontrabas en la puerta de tu casa, inconsciente, con la jeringuilla todavía en la vena, sé por qué nunca te hice pregunta alguna.

Es terca, resulta imposible obligarla a hacer algo que no quiere, pero también es cariñosa. Cuando me viene a visitar, pasa el día abrazada a mí. Por mi parte le compro dulces, helados, la llevo al bar a ver los partidos del Sporting y su madre me regaña diciendo que la malcrío. Yo respondo, entonces, si no, ¿para qué están los abuelos? Tiene los mismos años que tú cuando nos conocimos.

El día de la Campal mi hermano estuvo toda la mañana ayudando a mi padre con las tomateras. Detrás de la

casa teníamos un corro de tierra que bastaba para que durante la primavera se plantasen unos palos de tomateras, judías verdes, calabacines, berenjenas y pimientos. También quedaba espacio para un cerezo, dos olivos, un peral y un columpio que mi padre nos hizo cuando éramos pequeños, con el travesaño de un pino que tiró el viento y un neumático viejo de coche a modo de asiento. Nos levantábamos temprano para esquivar el calor, bien tapados con manga larga porque los mosquitos al amanecer están rabiosos, y llenábamos siempre un par de cajas de tomates. Eran unos tomates verdosos, con surcos, de sabor penetrante. Yo solía limpiar en la acequia los más pequeños para comérmelos crudos. Me gustaba el jugo resbalando por mi boca.

En estos tiempos no quedan tomates así; son todos iguales, clónicos, y no saben a nada, como si les hubieran extraído el sabor. Ahora la comida ya no sabe a comida. Ahora hasta a la comida le han robado el alma.

Era un partido histórico. El pueblo nunca había ascendido a Preferente. Aquella temporada, guiado sobre todo por mi hermano, llegaron a la liga de ascenso. El rival era el Togur. Todas las personas del pueblo estaban emocionadas: en el casino habían prometido que, si el equipo ascendía, aquella noche invitaban a todo el que acudiese para celebrarlo. Mi pueblo y Togur estaban situados cada uno en una orilla del río, separados apenas por quinientos metros, de modo que aquella semana, por las tardes, los chiquillos de ambos pueblos acudíamos al estrecho de la barca para gritarnos insultos, provocarnos y tirarnos algu-

na piedra. El río tendría sus buenos setenta metros de anchura, por lo que las piedras caían en el agua. Todas menos una, un canto que nos arrojaron con un tirachinas. Felipe, un chico menudo que siempre andaba haciendo el payaso, no lo pudo ver ya que estaba enseñándoles el culo y le pegó en el cogote. Le hizo una brecha que sangró toda la tarde. Cuando regresamos a casa les dijo a sus padres que había sido subiéndolo a un árbol porque sentía vergüenza de que supieran que le habían alcanzado con una piedra desde la otra orilla con los pantalones en los tobillos.

Mi hermano apenas pudo dormir durante aquella noche. Aunque se tumbó un rato durante la siesta no hizo otra cosa que dar vueltas sin cerrar el ojo. La temporada había sido un verdadero éxito. Nadie hubiera apostado cuando comenzó que alcanzarían la liguilla de ascenso. Y todo el mérito había sido suyo. En varios partidos había acudido un ojeador del Sporting que le felicitó al salir del vestuario y habló de hacer unas pruebas durante el verano. También otros equipos de tercera división le habían hecho ofertas para jugar al año siguiente. Conseguir el ascenso con el Serín significaría la guinda del pastel. Mi hermano se fue a las tres y media con la bolsa al hombro, los nervios en las piernas y un destello de ilusión en los ojos. Mi padre lo observó subirse a la furgoneta de Isidoro, el entrenador.

—Tiene muchos pájaros en la cabeza —comentó por detrás mi madre mientras terminaba de fregar los cacharros de la comida. Mi padre sonrió, echando un vistazo a la estela de polvo que dejaba el vehículo al alejarse por el camino.



—Lo que tiene es dinamita en las piernas y un guante en el pie —comentó para sí mismo mi padre—. Déjalo, mujer: si no los tiene ahora, ¿cuándo los va a tener? —le respondió a mi madre finalmente, antes de bajar al corral para ducharse con la manguera.

Por nuestra parte, nos habíamos preparado para vengar la pedrada de Felipe. Jugábamos en nuestro terreno y durante el partido pensábamos desinflarles las ruedas de las bicicletas a la panda del otro pueblo. Para ello habíamos ideado un plan. El campo de fútbol compartía una de las tapias con una granja de cerdos. Conocíamos un agujero para pasar hasta la granja que tapábamos con un cartel de publicidad. Lo empleábamos para recuperar los balones que se nos colgaban dentro en lugar de ir a pedirle la llave al dueño.

La intención era llegar pronto para ocupar todos los sitios de esa tapia y obligar a que ellos quedasen en la parte delantera del campo, al lado del bar. Desde allí no podrían ver con claridad qué hacíamos. Durante el partido saldríamos por el agujero y les desinflaríamos las ruedas. Para eso, les debíamos mantener despistados. La estrategia de diversión era una pequeña pelea que íbamos a provocar.

Salí pronto de casa. Durante los partidos siempre había tres chicos que se encargaban de recoger los cascos de vidrio que la gente dejaba por las gradas, meterlos en una caja y devolverlos al bar del tío Gusanico. También eran los responsables de ir a buscar los balones que salían del campo durante el juego. Por todo ello, el tío Gusanico daba una naranjada al final del partido y un paquete de caca-

huetes. Solía otorgar el honor de ser ayudantes a los tres primeros que llegaban al campo.

Cuando llegué, algunos de los chicos de Togur aseguraban sus bicicletas en los árboles del campo de enfrente.

Elías, Miguel y Antonio habían sido más rápidos que yo.

La rivalidad de los dos pueblos iba más allá del deporte. Anclaba sus raíces en las fábulas de los abuelos, en las rencillas que fluyen a través de las lindes y las caras vueltas. Todos los niños habíamos escuchado historias de pequeños: las humillaciones, las camionetas nocturnas y las descargas en el cementerio.

Cuando íbamos en verano a las fiestas de otros pueblos siempre nos decían «no te fíes de los de Togur». Aquello hacía que, en numerosas ocasiones, los bailes terminasen en reyertas entre jóvenes de ambos bandos ante la mirada impotente de los mozos del propio pueblo que no se atrevían a mediar en ellas. Pero no sólo había peleas en las fiestas: en los campos de labor que formaban la frontera de los municipios no pasaba una semana sin que dos labradores se hubieran agarrado a piedras o empujones.

Mi padre lo contaba en las noches de invierno, cuando esas noticias corrían de casa en casa sin que nadie, aparentemente, llamase a la puerta. Las voces atravesaban los muros, las afrentas conocían los caminos para entrar sin hacer ruido. Como en el treinta y seis, decían los abuelos, les jode que ahora tienen que tragar, ya no les sirven sus escopetas. Los niños escuchábamos, con la mirada disimulada, por si era una conversación de mayores y nos hacían salir a jugar al corral.

Lo sucedido aquella noche remota era como descubrir que los reyes eran los padres: el primero que lo sabía lo revelaba a los demás y era tachado de mentiroso. Después, según iban llegando las confirmaciones por otras fuentes, todo el mundo fingía haberlo sabido desde siempre.

La primera vez que escuché la historia nos la contó un amigo, que se la había escuchado a su vez a su padre cuando reprendía a su hermano mayor porque, decían (en el pueblo siempre se decía, palabra fantasma con vida y daño propios), que andaba con una muchacha de Togur.

Fuimos a la orilla del río, a la choza que habíamos construido con cañas. No os lo vais a creer, dijo, los de Togur mataron a veintidós tíos cuando la guerra, al abuelo de fulanito, al tío de menganito... A traición, por la noche.

No le creímos, claro. Veintidós personas eran todavía muchos muertos en la cabeza de un niño. Ya no es así, hemos crecido con cámaras en cada esquina, con grabaciones vía satélite de las guerras; veintidós muertos es la ración adecuada de sangre por la televisión a la hora de comer.

Pero lo preguntamos esa noche en casa. El odio es como los gatos, curioso y ágil. Mi padre carraspeó, el abuelo dejó a un lado el plato y bebió un trago de la bota de vino. Me miró entornando los ojos, miró a mi padre, debió concluir que era lo suficiente mayor y me habló de una República y de unas elecciones. Tensión, esperanza, tierra para todos, jornaleros viviendo en cuadradas. Me contó cómo la Guardia Civil confiscó las escopetas de la gente del pueblo para que no hubiera problemas, según de-

cían. Las devolverían cuando hubiesen pasado las votaciones. Me contó la victoria, cómo los partidos que decían representar al pueblo ganaban por veintidós votos, veintidós papeles en una caja.

Los encargados de llevar a cabo la matanza no fueron ni el cura, ni el secretario, ni el alcalde, ni el señor Palacios. Fueron dos camionetas que llegaron con los faros apagados y las cajas llenas de falangistas. Sacaron a veintidós personas de sus camas, todos ellos hombres que habían estado celebrando en la casa del pueblo el resultado de las elecciones, después de trabajar durante el día en las tierras del señor Palacios. Las mujeres asustadas, empujadas por las culatas de los fusiles contra las paredes, acertaron a reconocer a vecinos de Togur y a guardias civiles, de los que habían recogido las escopetas, vestidos con la camisa azul.

Los llevaron al cementerio, se escucharon los disparos ahogados a lo lejos, entre aullidos de perros desvelados, y mi abuelo me dijo que siempre se preguntó cuál de los tiros mató a su hermano. Los dejaron allí, tal como habían caído. Ante las peticiones de las viudas y las madres, el cura permitió su entierro en suelo sagrado, aunque no en tumbas individuales, sino en una fosa para todos.

El abuelo bebió otro trago de la bota, mi madre no me dejó ir, susurró. Ese mismo día, el secretario declaró nulas las votaciones del día anterior por un error de forma, algo de los nombres, el abuelo no recordaba, y las hicieron repetir. En la caja había veintidós papeletas menos, las necesarias para que todo estuviese como debía estar. Por eso en este pueblo nunca hubo cuartel de la Guardia

Civil, y el señor Palacios, a pesar de tener mucha tierra aquí, vive en Togur. Se fue, expuso mi abuelo, porque las caras se agachan, los lomos se doblan, las tierras se trabajan, el hambre adelgaza, pero el desprecio, los muertos, no se pueden borrar de los ojos aunque éstos miren al suelo.

Así que, en ese partido de ascenso, los veintidós jugadores principales jugaban sobre una tumba común.

Luego con tu madre me llegó la versión de Togur, el error de la generalización, la necesidad humana de identificar la nube con la tormenta.

Me describió también la historia de su abuela, una historia de alcantarillas y silencio, una historia de gorras quitadas, de sí señor, de sumisión a los uniformes verdes, a las camisas azules, de gritos rebotando desde el cuartelillo que se anclaban al nombre del pueblo, de señalamientos con el dedo por los caminos.

Recuerdo la frase de tu madre una noche, mientras pelaba patatas para un asado; yo había ayudado a su marido a desatar y cepillar a un mulo que todavía tenían, en plena era del tractor, para tirar de un viejo carro. Hacía poco tiempo que éramos novios, todavía faltaba para que te fueras a estudiar a la ciudad. No recuerdo cómo salió el tema. El tema siempre estaba por allí, revoloteando como un buitre sin sentido de la orientación, y a veces caía, despistado, sobre todos nosotros. Tu madre tomó otra patata: aquí, sentenció, pasamos tanta hambre como el que más, y encima no tuvimos a nadie a quien culpar.

Lucía un sol como el de ahora. La primavera presagiaba un verano duro. Habían regado el campo por la mañana

para evitar la polvareda, pero a la hora del partido la tierra estaba completamente seca.

El ascenso o descenso en realidad no era lo importante. Los equipos de los pueblos subían o bajaban dependiendo de si la quinta de mozos les salía jugadora o no; de si, además de jugadora, les salía juerguista; de si el campo iba bien o mal y había que irse a la ciudad a trabajar... No era una clasificación de puntos lo que se jugaban. En aquel campo estaban en liza muchas cosas más; sobre el tapete brillaban los trapos sucios que se guardan dos vecinos, los mozos del equipo que perdiese tendrían que soportar las burlas en las fiestas de los pueblos, pero sobre todo el equipo que perdiese habría perdido la guerra.

El juego se trabó pronto en el medio del campo. Ellos cortaban con faltas cualquier intento de jugar, tenían aprendida la lección. Empujones, patadas, codazos, el balón no llegaba a ningún delantero. Mi hermano se ofrecía desde la banda izquierda, pero siempre estaba el lateral cerca de él para derribarle. Lo más importante no era marcar gol, sino impedir que te rompieran un tobillo.

El público de ambos pueblos estaba separado. Nosotros ocupábamos el fondo de portería que daba a la granja y el lateral de los banquillos. Ellos tenían el lateral de los vestuarios. El fondo del bar era ciudad abierta.

De momento, ambos pueblos estaban de acuerdo en que el árbitro, su madre, su padre y algún familiar más no identificado eran unos malnacidos a sueldo del rival. Así se lo hacían saber con sus gritos y protestas.

Los ánimos se caldearon cuando el Chino, uno de nuestros defensas, un chico del pueblo cuya madre había muerto el mes anterior, hizo una entrada muy fuerte al interior derecho del Togur, que quedó tendido en el suelo agarrándose la pierna. Los hinchas de Serín decían que hacía teatro, los de Togur que el Chino era un asesino y pedían al árbitro que lo expulsara.

A nosotros todo aquello nos venía de maravilla porque nadie estaba pendiente de lo que hacíamos. Lo malo era que resultaba tan interesante que ninguno queríamos salir para deshinchar las ruedas de las bicicletas.

El chico del otro pueblo se levantó definitivamente; el Chino se llevó una tarjeta amarilla, pero los ánimos quedaron caldeados. La familia del árbitro pasó a segundo término, comenzaron los insultos a los jugadores.

La siguiente jugada fue la que lo inició todo.

Mi hermano recibe la pelota, sortea a dos contrarios, ve el hueco en la otra banda y cambia el juego a la perfección. El Chino recibe el pase medido y el defensa de Togur, en clara venganza por la falta anterior, le entra con los tacos por delante.

Mucho polvo, el Chino por el suelo, jugadores enganchándose del pecho, el árbitro que intenta separarlos sin dejar de hacer sonar el pito. En aquel momento, un aficionado del otro pueblo le llama «hijo de puta» al Chino, éste se levanta como si le hubieran metido un cable de electricidad bajo el pantalón, se va hacia el tipo del otro pueblo y le arrea una bofetada.

Uno de los jugadores del Togur, que resultó ser el hijo del agredido, le da una patada por la espalda al Chino que lo tira al suelo y suena el último pitido del árbitro como si hubiera dado la señal de inicio a una pelea multitudinaria en toda regla.

A partir de ese momento, en el campo y en las gradas se generalizó la ira. En el terreno de juego era más patente: jugadores persiguiéndose unos a otros, puñetazos, patadas. En las gradas no se llegaba a tanto, los empujones y tirones de la pechera era lo mayoritario hasta que alguien sacó un palo de algún sitio.

La pareja de la Guardia Civil estaba formada por el famoso sargento Ezequiel y otro chico joven. Pretendieron, en un principio, separar a los más combativos, pero al generalizarse la pelea abandonaron el estadio. Regresaron con el coche, un Renault 4, atravesaron la puerta, lo metieron en mitad del campo a unos metros del círculo central, salieron de nuevo y comenzaron a dar porrazos a todo el que encontraban a mano. La gente iba reculando hasta que toparon con un grupo que estaba enzarzado en una violenta reyerta particular. Eran unos cuatro o cinco de cada pueblo liados a puñetazos. El guardia joven sacudió al primero que tenía a mano; éste se derrumbó con un grito, las manos en la cabeza, pero el resto se revolvió, le empujaron, el guardia cayó al suelo, le dieron patadas y cuando acudió Ezequiel a socorrerle sacó el arma reglamentaria pero se le echaron encima unos diez tipos furiosos. Consiguió disparar al aire, el tiro hizo que todos se detuviesen, el guardia joven se levantó lleno de polvo, re-



culó hasta el *Cuatrolatas* y, de camino, todavía le abrió la ceja de un porrazo a otro. Ezequiel se subió también al auto sin bajar el arma que apuntaba al aire.

Toda la gente se había detenido, permanecía petrificada después del disparo, mirando hacia el coche de la Guardia Civil, como si un soplo divino los hubiera convertido en estatuas de carne.

El sargento Ezquiel había disparado.

Eso no era bueno.

El coche dio marcha atrás pero el conductor no debió mirar, o le dio igual, y atropelló a un chico del grupo que les había plantado cara. No le hizo mucho daño, el tipo anduvo rápido de reflejos y se arrojó al suelo, pero el conjunto de amigos pensó que le habían pasado por encima. Corrieron al coche, comenzaron a zarandearlo, el conductor no tuvo valor para atropellarles. Los de Serín comenzaron a vitorearles, se incorporaron, los enemigos se unían. El *Cuatrolatas* cogía más inclinación en cada bamboleo. Los mozos hacían oé, oé, cuando las ruedas de cada lado dejaban de tocar el suelo. Los guardias permanecían dentro. La gente del campo, con la angustia del disparo diluyéndose, les animaba. En una oscilación el coche volcó. Se escucharon voces celebrándolo. Los guardias salieron por las ventanillas con las armas apuntando en todas direcciones. Al sargento se le había caído la gorra; el pelo engominado, repeinado hacia atrás, no se había movido un ápice. Su cara reflejaba toda la furia del ultrajado. En cambio el joven estaba aterrado, sujetaba la pistola con las dos manos, apuntando en todas direcciones.